

EL CULOIR DE GAUBE

POR JUAN IGNACIO LORENTE

Hace ya cinco años, que vi por primera vez la majestuosa y sobrecogedora belleza del Culoir de Gaube. Es un corredor de nieve y hielo que con verticalidad impresionante, como desafiando a las leyes de la gravedad, surca en una longitud de seiscientos metros la cara norte del macizo de Vignemale, separando La Pique Longue del Piton Carree y la Punta Chausseque, los cuales como colosales centinelas lo guardan en siniestra sombra y se dejan desmoronar, para que sus piedras con vertiginosa velocidad lo barran en toda su longitud. Unido a este peligro, grandes dificultades lo aíslan todavía más. Por un lado una colosal rimaya impide su fácil acceso, por otro, en su parte superior y como máxima dificultad, un bloque empotrado y una cascada de hielo extraplomada hacen de cerrojo casi inexpugnable la salida al glaciar de Ossue, fin de toda dificultad. Fue entonces cuando pensé en la audacia y técnica que debían tener aquellos montañeros que se aventurasen por tan bella vía pirenaica.

Hoy con bastante más entrenamiento y experiencia, aunque sin haber perdido el gran respeto que todo montañero siente al verlo, estamos decididos a atacarlo después de haber esperado varios días a que mejoré el tiempo.

Por mi parte tengo gran confianza en mi compañero Angel Rosen, que para moral mía, días antes en compañía de Antonio Eguía vencieron con éxito la cara sur del Tozal del Mallo. Por otro lado, dos días antes J. C. Fernández y yo conseguimos los Seracs del Petit Vignemale en condiciones muy difíciles. Por esto nuestra moral de éxito supera al miedo del fracaso.

Son las siete de la tarde de la víspera del ataque. Todo está preparado: piolets, crampones, clavijas de hielo y roca, linternas, el consabido té, cascos de protección, ropa y comida suficiente para, en el peor de los casos, poder pasar una noche en las mejores condiciones, ya que teníamos el precedente de que a varias cordadas les fue necesario vivaquear. Después de unos buenos consejos de un alpinista francés, los mejores deseos de éxito por parte del guía del refugio y otros más, nos metemos en el saco a las siete y media para intentar dormir un poco, cosa que a mí me fue imposible, porque con el nerviosismo no hice más que pensar en las dificultades que nos esperaban al día siguiente.

El timbre del despertador no me sorprende, son las doce de la noche. Perezosamente y sin hacer ningún comentario nos preparamos para partir. La noche es inmejorable, fría y despejada, con el inconveniente de que la luna no tarda-

ría mucho en desaparecer, por lo que hasta el amanecer nos habríamos de conformar con la escasa luz de las estrellas y la de nuestras linternas.

A las doce y media, muy abrigados, abandonamos el refugio. Cabizbajos avanzamos sin dar importancia a los tropezones que constantemente damos en la obscuridad. Sin darnos casi cuenta sobrepasamos la Horqueta d'Ossoue y tomando el camino del Centenario bajamos una serie de revueltas hasta el lugar en que creemos conveniente dejarlo para lanzarnos ladera abajo y alcanzar los neveros que quedan por debajo de los seracs del Petit Vignemale. Al entrar en la nieve nos colocamos los crampones, y mi compañero Angel, convenientemente asegurado toma la cabeza de la cordada buscando el paso conforme a las indicaciones que nos han dado en el refugio. La obscuridad de la noche nos dificulta extraordinariamente esta maniobra, pero Angel con una intuición de montañero nato encuentra el paso, gritándome que puedo continuar. Con la linterna en la boca, para tener las manos libres, me meto en la roca, doy los primeros pasos y compruebo que no es tan fácil como me había parecido bajo la elegancia y seguridad con que los había salvado mi compañero. La caliza lavada por el agua presenta presas redondeadas y la mochila repleta de material pesa mucho. Sin darme cuenta resbalo y caigo, pienso en el péndulo que voy a hacer, pero ésto no sucede; la cuerda se tensa y me vuelvo a encontrar con la roca. No he bajado más de un metro y la tranquilidad vuelve enseñu- da a mí.

La roca va perdiendo dificultad y en una serie de largos fáciles en donde el único peligro lo constituye la obscuridad, llegamos al glaciar de Gaube. Desde aquí ya se divisa la gran rimaya del culoir.

Nos calzamos de nuevo los crampones, dirigiéndonos hacia la parte izquierda de la rimaya. En la nieve helada los crampones muerden con toda seguridad. Según nos acercamos el número de piedras que han caído sobre el glaciar va aumentando considerablemente, lo cual nos hace mirar con cierto recelo hacia arriba. Salvando una serie de grietas llegamos al labio inferior de la rimaya, que está completamente acribillado de piedras. Por la izquierda buscamos el paso, y por suerte encontramos un frágil puente de nieve, que nos une a la pared de la Punta Chaussenque. De nuevo mi compañero toma la delantera, mientras aseguro de una pequeña grieta, pienso que no debo inquietarme por la caída de piedras, pues todavía son las dos de la madrugada y el frío es muy intenso. Ensimismado en estos pensamientos y deseoso de abandonar cuanto antes aquel lugar, oigo la voz de Angel diciendo que ya puedo subir. Este primer largo es fácil, y nada más llegar a la reunión mi compañero sube sin perder segundo, la cuerda que hasta ahora se deslizaba suave y rítmicamente, se detiene, no avanza. La impaciencia se apodera de mí, algo no va bien allí arriba. Pregunto a Angel qué sucede, y no contesta; después de largos minutos se deja oír su voz: «¡Esto está lleno de verglás! Es imposible pasar por aquí». Baja unos metros con toda serie de precauciones y se lanza hacia la izquierda en travesía horizontal; la cuerda se detiene otra vez, pero pronto desliza rápidamente y de nuevo me llama. «Puedes subir; va he llegado». Con la linterna en la boca examino el lugar donde mi compañero lo ha pasado mal. Unas llambrias de bastante inclinación y completamente lisas, donde la roca limpia se confunde con la recubierta por el repulsivo hielo. Con paso rápido y fiándome de la adherencia de mis botas cruzo lo más aprisa que puedo el peligroso paso.

En tres largos, teniendo que salvar una chimenea donde los malditos piolets, que sobresalen de la mochila, se enganchan en todas partes salvamos ya por completo la rimaya. Desde este lugar la grieta enseña sus fauces negras, enormes, donde la luz de la linterna no alcanza a iluminar su fondo. Satisfechos por haber vencido esta primera gran dificultad, hacemos un pequeño descanso deseosos de entrar cuanto antes en pleno culoir.

Son las cuatro y media de la mañana cuando pisamos por primera vez la helada rampa del culoir. En esta primera parte la inclinación no pasa de los cuarenta y cinco grados. Con crampones de puntas delanteras, un piolet en la mano derecha y una clavija de hielo en la izquierda, subimos con gran rapidez en largos alternos. La seguridad es completa. En todo momento tenemos tres puntos de apoyo como mínimo. No es necesario tallar, la nieve está completamente helada. Los seguros, sobre dos peldaños, atados a una clavija que tenemos que meter a martillazos y pasando la cuerda por el piolet, del cual sólo podemos introducir el pico, son muy tranquilizadores. Avanzando en toda la longitud de la cuerda, treinta metros, vamos tomando altura por la izquierda de la gran canal que la constante caída de piedras ha horadado. Actuamos lo más rápidamente posible, para alcanzar en hora temprana la bifurcación con el Pitón Carrec, ya que es allí donde tendremos que cruzar la peligrosa canal. En uno de estos largos, yendo en cabeza, se me rompe un crampón. Tallo un peldaño, me aseguro, y pienso con alegría en los crampones de repuesto que llevo en la mochila.

Angel sube hasta donde estoy, pero en la posición en que nos encontramos es muy difícil efectuar el cambio de crampones. Es necesario salir a la roca de la izquierda en travesía horizontal. Pasando primero mi compañero voy a continuación con muchas precauciones para que las dos partes en que ha quedado dividido mi crampón no se me separen de la bota y me lleven a una caída segura. En el transcurso de estas maniobras va amaneciendo y se abre a nuestros pies el vacío, hasta ahora cubierto por la obscuridad, enseñándonos su profundidad impresionante.

De nuevo en la nieve, alcanzamos en una serie de largos el vértice de la Y griega que forman los canales tallados por la caída de piedras. Cuando nos disponemos a cruzarlo una nube de piedras en forma de proyectiles recorre con velocidad vertiginosa y silbido estremeecedor todo el canal, perdiéndose en las profundidades. Dudamos un momento, pero sin dar tiempo a otro nuevo desprendimiento, lo atravesamos rápidamente sin ningún percance, dando suspiros de alivio cuando nos encontramos en el otro lado.

Desde este momento la pendiente se acentúa considerablemente: cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta grados, para después ser casi constante esta inclinación.

Los largos de cuerda se suceden rápidamente. Los crampones mordiendo sólo con las puntas delanteras, ponen en gran tensión los músculos de nuestras piernas y llegamos a las reuniones al borde del calambre, sintiendo un gran alivio al apoyar el pie en un buen peldaño de reunión.

El culoir se estrecha de forma agobiante, sus paredes parecen quererse unir por encima de nuestras cabezas. Por la izquierda, la rimaya del Pitón Carrec nos deja hacer seguras reuniones y resguardarnos de la constante caída de piedras.

Llegamos a un punto donde el corredor se ha estrechado tanto que no tiene más de dos metros de anchura. En medio una piedra de considerable tamaño



afloja a la superficie. Por su alrededor la nieve helada deja adivinar que el hielo vitreo está apenas a un centímetro de la superficie. Aquí el canal de caída de piedras lo constituye la anchura del corredor. No hay elección, es necesario confiarse a la suerte. Angel, metido en la rimaya, me aconseja que descanse unos momentos antes de pasar, pues sabe que he de necesitar todas mis fuerzas para subir en el menor tiempo posible y con ello las probabilidades de un impacto serán mínimas. Con una palmada de mi compañero en la espalda me lanzo decidido y confiado en la suerte. La pendiente se acentúa y llega a los

sesenta y cinco grados. Apoyando el hombro en la roca y tallando peldaños lo más distanciados posible salvo el paso. Inmediatamente después un zumbido de piedras me hace adherirme con fuerza a la pendiente helada y un sonido hueco de campana vibra en mi cabeza; una piedra me ha dado de lleno en la cabeza, el casco me ha salvado. Por encima de nuestras cabezas vemos el segundo obstáculo: la piedra empotrada. Nos parece estar a muy poca distancia de ella, un largo a lo sumo. Pero nuestros cálculos fallan, la verticalidad nos ha engañado, ya que tenemos que realizar cuatro largos, es decir, unos cien metros, que era lo que en realidad nos faltaba para llegar hasta ella.

El vacío, que un principio nos causaba verdadero respeto, ahora, viendo el valle a nuestros pies, nos encontramos seguros, dominadores, como embriagados por la verticalidad. Salvados estos cuatro largos de cuerda en los que una periódica lluvia de piedras hace tamborilear nuestros cascos, llegamos a la rimaya que se forma debajo del bloque empotrado. Son las diez y media de la mañana y ya llevamos seis horas de constante lucha en pleno culoir. Metidos en la rimaya nos acomodamos lo mejor posible mientras tomamos algún alimento para reponer fuerzas. Es aquí donde pireneístas de gran valía se han visto obligados a realizar una penosa y peligrosa retirada después de haber sido vencidos por la dificultad. Otros tuvieron que pasar las frías y largas horas de un vivaque. Nosotros debajo de este bloque nos encontramos abrigados y resguardados de todo peligro; llenos de fuerza y optimismo, nos parece que ya nada nos puede vencer por grande que sea la dificultad.

Durante los minutos de este merecido descanso estudiamos la forma de salvar el temido bloque. Por la derecha unas clavijas, corroídas por el óxido, señalan el camino seguido por alguna cordada. Por este lado sería necesario el empleo de estribos. Por la izquierda, una placa de unos dos metros de altura y fuerte inclinación nos parece más factible. Posiblemente la vía anterior será el camino a elegir cuando la placa esté cubierta de hielo. Con todo el material de hielo guardado en la mochila Angel ataca la placa, que quizá, por el optimismo en que nos encontráramos no la habíamos valorado en toda su dificultad, ya que sus agarres minúsculos y redondeados y con los dedos insensibilizados por el frío nos pone al límite de nuestras posibilidades. Resoplando de satisfacción y ya en pie sobre el bloque empotrado, admiramos boquiabiertos, sobre nuestras cabezas la gran cascada de hielo. Son sus retorcidas formas, sus grietas, la transparencia de sus tonalidades verde-azuladas y su blanca cornisa acariciada por el sol, allí en lo alto, lo que nos maravilla. Pero a pesar de esta atractiva belleza, no olvidamos que bajo este disfraz agradable, guarda serios peligros. Dada la situación en que nos encontramos sería suficiente que uno de esos grandes chupetés helados se desprendiera, para que los dos fuésemos arrastrados en gran salto a las profundidades del culoir.

Desde este punto tres vías han sido abiertas para alcanzar el glaciar de Ossue. Una directamente por la cascada, en difícil y expuesta escalada de hielo, que solamente ha sido recorrida en dos ocasiones. Otra por la pared del Piton Carree y por último la más aconsejable y utilizada: la pared de la Pique Longue. Nosotros sin dudarla y deseosos de salir cuanto antes de las frías y poco acogedoras sombras del culoir, tomamos esta última...

Nuevamente nuestros cálculos fallan. Lo que a primera vista nos había parecido una escalada corta y de mediana dificultad, comprobamos que tenemos

que realizar siete largos de cuerda, que aunque la dificultad no supera el V° teniendo en cuenta lo descompuesto de la roca, donde por veces consecutivas nuestros cascos protectores realizan un valiosísimo papel, la inseguridad de las reuniones y todo ello acompañado de la incertidumbre de la vía a seguir, aumentada por el confusionismo de clavijas, abandonadas en sitios inverosímiles, colocadas por cordadas que se perdieron en la pared hacen poner en gran tensión nuestros nervios. Y el miedo como una sensación de frío interno se apodera no pocas veces de nuestros cuerpos. La alegría es inmensa cuando a dos largos escasos del glaciar, oímos las voces de nuestros amigos que entusiasmados al vernos, nos llaman con gritos de júbilo desde la misma salida del culoir y en espera de darnos la enhorabuena. Son los hermanos Olazagoitia que en compañía de un francés han terminado su escalada y han venido a esperarnos.

Al pisar el glaciar son las doce del mediodía. Angel y yo nos abrazamos emocionados. Lo que hasta ahora había sido un sueño se ha convertido en realidad. ¡Hemos vencido el Culoir de Gaube!

Con el pensamiento puesto en las emociones pasadas subimos lentamente a la cima de la Pique Longue. Allí, nuestros corazones abiertos de par en par por los momentos tan intensamente vividos y el esfuerzo realizado son capaces de admirar en todo su valor la incomparable belleza del panorama que se divisa y mientras, nuestros cuerpos descansan de la fatigosa jornada.

Arcensión realizada el 10 de agosto de 1962 por ANGEL ROSEN y JUAN IGNACIO LORENTE de la Excursionista Manuel Iradier.